

Problemas del diseño urbano

Raúl Farrú A.

Al pretender caracterizar el mundo actual en términos de logros culturales, surgen con gran fuerza dos aspectos que han influido profundamente en la arquitectura de hoy: la cuantificación y cambio de escala de los problemas del hombre en comunidad y la enorme ampliación del intercambio y la comunicación. El primer aspecto: el cambio de escala de los problemas comunitarios, ha sido consecuencia del extraordinario desarrollo de la tecnología, cuyos productos más conocidos en el campo social lo constituyeron la explosión demográfica y la crisis de las estructuras urbanas. Este proceso es el responsable de la dura tarea que ha recaído sobre el diseño y la planificación, en todos sus niveles. Nunca en la historia de la humanidad, los problemas del planeamiento urbano habían alcanzado la escala y el grado de urgencia que han adquirido hoy. La crisis de las ciudades traspasó las fronteras de los países y se convirtió en tarea a nivel mundial, hace ya algunas décadas. A su influjo surgieron las utopías de los sociólogos y economistas, los CIAM, la Carta de Atenas, la UIA, los Ministerios de la Vivienda y los organismos de planificación nacional y regional. Posiblemente, por sus vastas consecuencias, éste sea uno de los perfiles más dramáticos entre los que configuran el mundo de hoy.

LA CRISIS URBANA

Este proceso de crisis, ya largamente conocido, se inició en el siglo pasado con el desarrollo del industrialismo. La transformación de la economía, que pasa del artesanado a una economía mercantilista, significó la consolidación de la burguesía en el aspecto social, y el incentivo de lucro como meta espiritual. El dinamismo de esta nueva clase económica estimuló el desarrollo de la tecnología y la expansión de la producción y el intercambio, a una escala mucho más amplia. El mundo del siglo XIX se transformó a un ritmo cada vez más acelerado y los logros importantes del industrialismo, en la ciencia y la técnica, son historia ya conocida.

Así también sus consecuencias negativas, en términos de bienestar social. El utilitarismo, en su desarrollo extremo, al incorporar los valores aportados por la máquina como la expresión última y más perfecta de la sociedad industrial, quebró el delicado equilibrio entre los adelantos mecánicos y su consecuente integración armónica a la comunidad, característica de la cultura artesanal. Tomó muchos años el darse cuenta de qué manera y en qué vasta escala había cambiado el contorno físico del hombre y su bagaje tecnológico; y hasta qué punto era profunda la ruptura de este nuevo mundo maquinista con respecto al orden social preexistente.

La utilización masiva de la máquina de vapor y del telar mecánico —dos triunfos importantes de la nueva tecnología— aplicados dentro de las metas económicas nacientes, produjeron un crecimiento desmesurado y caótico de las ciudades, regido por la ubicación indiscriminada de las viviendas en torno a la industria y por el éxodo de la población rural hacia las grandes metrópolis. En este proceso vertiginoso, las consecuencias más negativas de la nueva civilización maquinista fueron: el hacinamiento, la insalubridad, la pérdida de la armonía comunitaria, la monotonía, la mutilación del paisaje natural y la degradación paulatina del nivel económico y social del hombre común, hasta encerrarlo en una vida estrictamente limitada a la satisfacción de sus necesidades más elementales.

La ciudad barroca entró en crisis y su destrozada estructura no fue reemplazada por ningún tipo de ordenación urbana adecuada a los nuevos tiempos. Los establecimientos industriales se multiplicaron descontroladamente, arrasando consigo las viviendas de la nueva clase trabajadora, extendiendo los suburbios y rompiendo el límite natural entre la ciudad y el campo.

El repertorio de la arquitectura, a la luz de la nueva cultura que surgía, se fue ampliando y cambiando de acento. Los viejos temas representativos de épocas anteriores: el palacio, el templo, la catedral, habían perdido su vigencia. Era necesario repensar la arquitectura desde sus cimientos, para adecuarla a los nuevos tiempos. Toda una temática surgía de pronto, destinada a cambiar la fisonomía de las ciudades del siglo XIX: los establecimientos fabriles, las estaciones de ferrocarril, las salas de exposiciones industriales, constituyeron fenómenos nuevos en la edificación de la ciudad histórica. Y a su vez, la vivienda como problema adquirió un carácter de urgencia tal, que la transformó en el tema arquitectónico de nuestro tiempo.

LA ARQUITECTURA EN EL SIGLO XIX

Pero si el incipiente desarrollo del industrialismo exigía replantear la arquitectura desde nuevos supuestos, los arquitectos del siglo pasado fracasaron

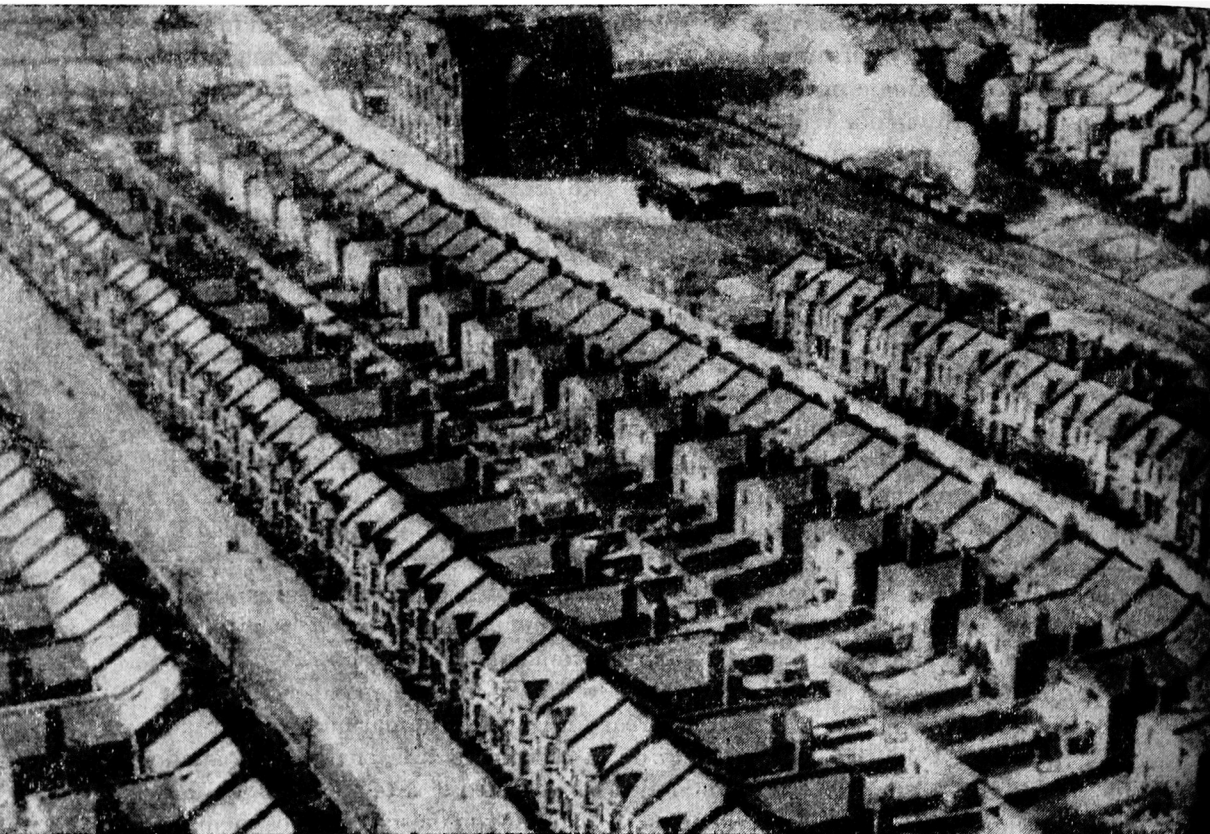
al pretender dar una respuesta evasiva a estos problemas. El romanticismo había difundido una imagen del artista encerrado en un mundo ideal, dedicado exclusivamente a expresarse a sí mismo. Empapado en este espíritu, el arquitecto rechazó la visión caótica que surgía de esta civilización maquinista y se refugió en las formas heladas y vacías que le ofrecía el arte de otras épocas.

El siglo XIX fue un siglo historicista por excelencia: nunca, hasta ese momento, el hombre creador había tenido una conciencia más activa de su pasado histórico. La influencia del romanticismo en la pintura y la literatura y el gran desarrollo y difusión de la arqueología, a partir del descubrimiento del arte clásico, restringieron el ejercicio de la arquitectura a una mera imitación de estilos. El diseñador tenía a su disposición un repertorio de formas cada vez más amplio a medida que se profundizaba y difundía el estudio de los diferentes periodos artísticos. Desde luego que este "revival" se circunscribía exclusivamente al estudio de las fachadas y al tratamiento ornamental de los edificios. A lo largo de todo ese siglo, con la excepción de los esquemas imaginativos de Boullé y Ledoux en el comienzo de este proceso, no encontramos ni un solo aporte nuevo desde el punto de vista de la concepción del espacio.

El arquitecto romántico despreciaba profundamente los valores tecnológicos y el sentido utilitario que había puesto en vigencia la nueva cultura industrial. De manera que el aspecto de la utilidad del edificio, su valor de uso, se consideraba un problema secundario cuya solución no interesaba al diseñador. Lo importante era la forma exterior, el ropaje que la arquitectura debía lucir ante los que la contemplaban. No podemos olvidar que el romanticismo, como tendencia formal, era esencialmente literario. Y el resto de las manifestaciones artísticas de la época se juzgaban por valores que no correspondían a ese género: la pintura se hizo anécdota y testimonio histórico. Se la apreciaba por el tema elegido y no por sus valores propiamente pictóricos. Así también la arquitectura no escapó a este destino: resultaba mucho más sencillo "leer" el estilo histórico que la recubría, que crear un lenguaje formal nuevo, adecuado a la función del edificio. En ese siglo de la tecnología y la ciencia, empapado de un carácter historicista, se produjo el divorcio entre el arte y el público. Fue una ruptura total, cuyas consecuencias se extendieron hasta nuestros tiempos. Dentro de la concepción romántica y pintoresca de la arquitectura oficial, divorciada de los problemas urgentes de su propia época, el hombre común no tenía cabida. El protagonista de la arquitectura, el ser humano con sus necesidades y aspiraciones, fue olvidado. Y este hecho definitivo marcó con su sello el desarrollo edilicio del siglo pasado y se prolongó hasta bien entrado nuestro siglo.

En la cultura tecnológica, el peor utensilio que surgió de la producción industrial fue la vivienda. La monotonía y la mediocridad constituían sus características formales, como consecuencia de la trasposición de las normas que

regían la industria a la construcción de los barrios fabriles. La uniformidad, la repetición indiferenciada, la estricta economía de espacios libres, la ordenación rígida y mecánica nacida de la idea de producción en serie y el absoluto desprecio por el contorno natural y los valores de orden estético, caracterizaron la vivienda de ese tiempo. Las principales ciudades de la época sufrieron sus consecuencias y los suburbios se multiplicaron velozmente, estratificando el caos.



CRECIMIENTO DE UN SUBURBIO (París).

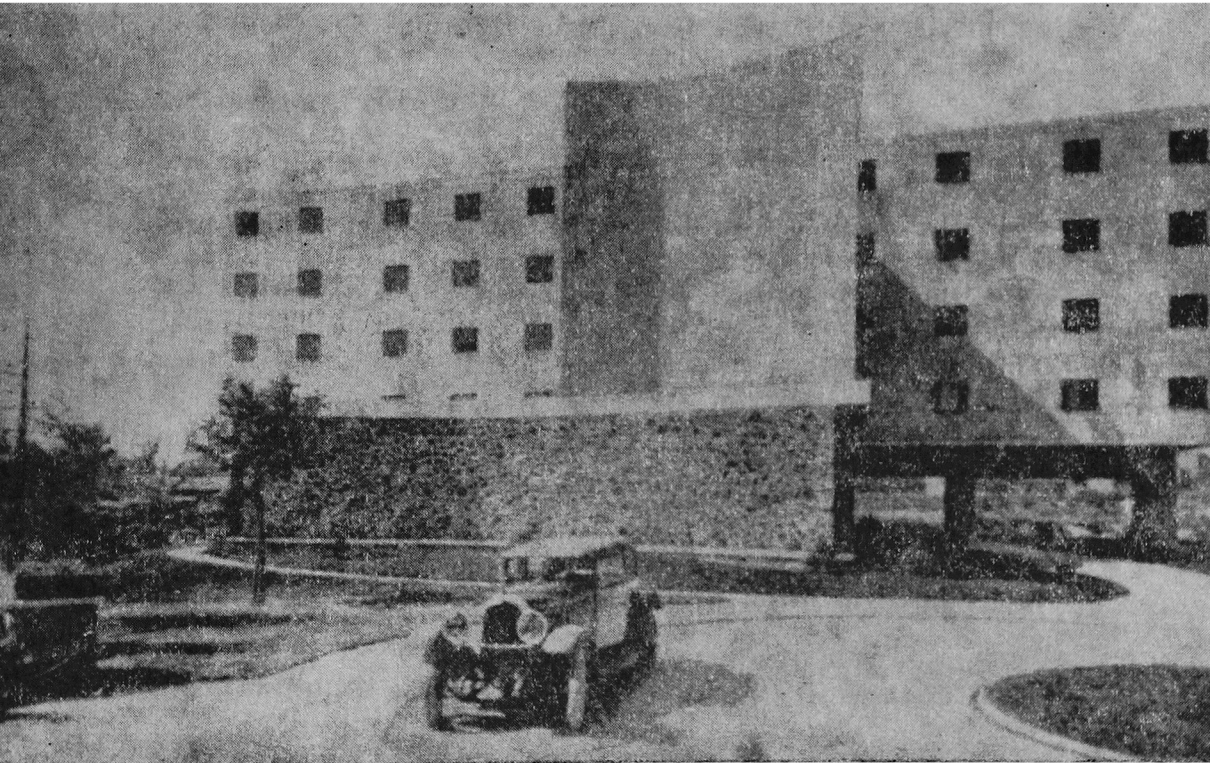
Las líneas del ferrocarril y de los caminos han fomentado los desarrollos habitacionales en "fajas".

Este era el panorama que presentaba la arquitectura a comienzos de nuestro siglo. Una edificación oficial grandilocuente, envuelta en un ropaje ornamental anacrónico; un arte circunscrito a un círculo estrecho, ajeno al público; y un olvido total del papel social de la arquitectura y de su obligación de participar en los graves problemas que planteaba la crisis de la estructura co-

munitaria, el hacinamiento y la degradación de la vida del hombre a sus niveles más elementales.

EL NUEVO ESPÍRITU

En el aspecto de la crisis urbana y sus consecuencias, descontando a los críticos utópicos como Fourier y Owens, tal vez el que tuvo una visión más penetrante de este drama, fue Patrick Geddes. Su profunda comprensión de las necesidades del ser humano y de su derecho a una vida más digna en el marco de una arquitectura que hiciera justicia a esas aspiraciones, caracterizó su pensamiento y su obra. Reivindicó, para el hombre común, la necesidad de una vida en armonía con su contorno natural, dentro de un habitat más pleno y adecuado a estos nuevos ideales. Algunos espíritus despiertos entendieron su mensaje. La magnitud del deterioro de la vida urbana comenzaba a mostrarse con toda su crudeza y se iniciaba ya la lucha por la nueva arquitectura.



LE CORBUSIER, P. JEANNERET:
Pabellón suizo de la Ciudad Universitaria (París, 1933).

El primer arquitecto que en nuestro siglo replanteó las tareas del urbanismo, sobre la base de un nuevo espíritu, fue Tony Garnier, en su proyecto de "Ciudad Industrial" hecho en 1901. Aparecían allí expresadas las nuevas concepciones que luego ampliaría Le Corbusier en su "Ville Radieuse": La dignificación de la vivienda para el hombre, como una tarea impostergable; el orden en el proceso de crecimiento de las ciudades, en oposición al caos existente; la zonificación de las áreas de viviendas y servicios, agrupadas independientemente de los establecimientos fabriles; la circulación como una estructura coherente; el contacto con el paisaje natural; y un lenguaje formal honesto, despojado del ropaje ornamental inútil y vacío que caracterizaba la arquitectura oficial en boga.

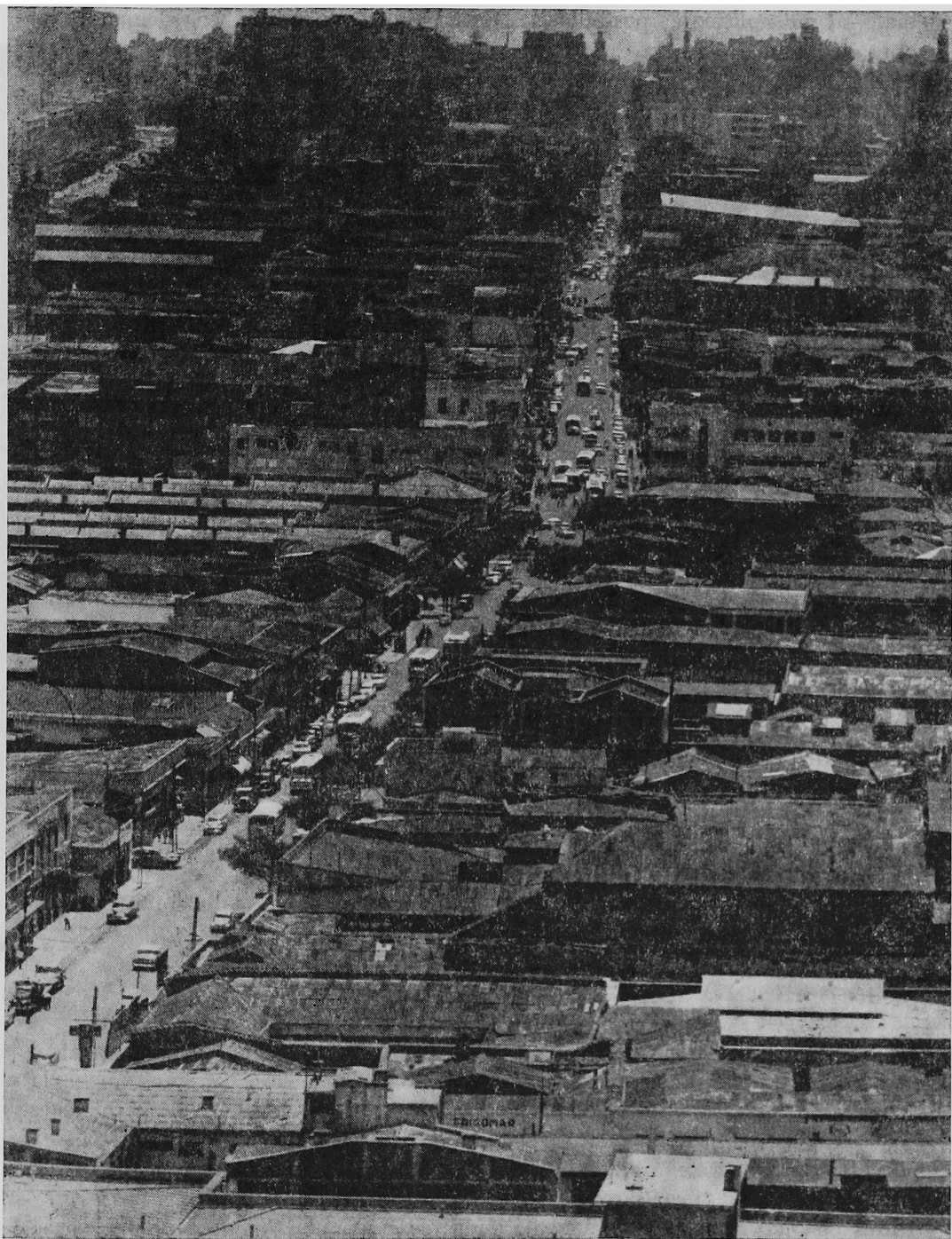
Estos conceptos despertaron un eco universal en los arquitectos. De esta efervescencia surgieron los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM), en que se agruparon las nuevas generaciones para intercambiar experiencias e imponer los nuevos ideales del urbanismo y la arquitectura. La Carta de Atenas resume el nuevo espíritu que despertaba universalmente, reconociéndole al ser humano su derecho a un marco de vida más digno, dentro de una nueva concepción del papel que en él debía jugar la planificación urbanística.

Garnier, Perret y Le Corbusier en Europa, y Frank Lloyd Wright en América, con sus proyectos de las Usonian Houses, fueron los epígonos de esta nueva visión del diseño urbano. La gran difusión del pensamiento y las obras de la nueva arquitectura en estos últimos decenios —gracias al eco universal que despertó la labor de los CIAM y posteriormente los congresos de la Unión Internacional de Arquitectos— han logrado un consenso general en torno a las tareas que deben cumplir la planificación y el urbanismo en nuestro tiempo, en cuanto a la satisfacción de las necesidades y aspiraciones del ser humano en comunidad.

El repertorio de la arquitectura se ha ensanchado y enriquecido a la luz de este nuevo humanismo y la conciencia de los problemas urbanos ha ido creando una estructura de acción en diferentes niveles, con la colaboración de especialistas de múltiples disciplinas: planificadores, geógrafos urbanos, sociólogos, economistas, antropólogos, políticos, etc. La planificación urbana constituye hoy en día un lenguaje universal común.

NUESTRA EXPERIENCIA

En países como el nuestro, ubicado en el mundo del subdesarrollo, no se produjo un proceso tan violento como en el centro de Europa. Sin embargo, la incipiente industrialización iniciada a comienzos de la segunda guerra mun-



"EXTRAMUROS" DE LA CIUDAD, EN EL CENTRO DE ELLA (vista de Santiago). El crecimiento urbano, hasta hace pocos años, se realizó sin orden ni planificación.

dial —al multiplicar las posibilidades de trabajo diversificado y la demanda de obra de mano— significó un importante éxodo del trabajador rural hacia las ciudades. Los suburbios se extendieron y multiplicaron, al agregarse al factor demográfico el natural deterioro producido en las viviendas de los barrios periféricos, por la estratificación social que trajo consigo este proceso.

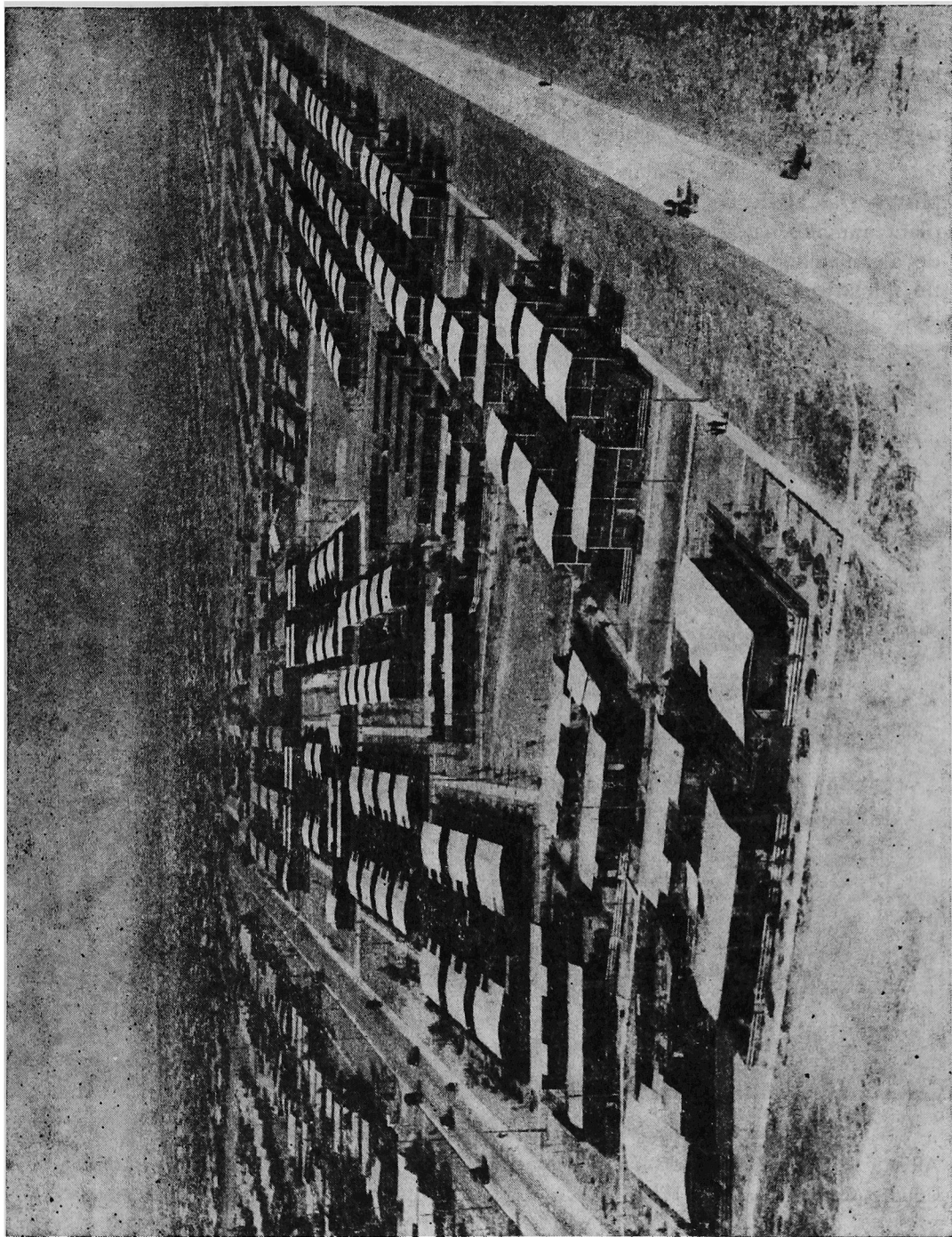
Los intentos de solución de este problema a nivel estatal, entregados a la Caja de la Habitación y luego a la Corporación de Reconstrucción y Auxilio, adolecían de los mismos defectos de los esquemas europeos: la uniformidad, la economía de espacios libres, la ordenación mecánica —que traía consigo la pérdida de la individualidad—, la ruptura de la armonía comunitaria y la falta de consideración del contorno natural y de los valores formales. A esto se agrega que la fragilidad de las viviendas realizadas con un sentido de solución provisoria, en un país cuyos recursos no le permitían darse ese lujo, ayudó a completar este panorama caótico.

El impulso masivo de edificación de núcleos habitacionales emprendido posteriormente por la Corporación de la Vivienda ha mantenido muchos de estos vicios, a pesar de la mayor consideración por los valores comunitarios y los problemas de diseño de estas nuevas estructuras, en el nivel de las viviendas para cajas de previsión. En todo caso, la envergadura de esta acción, a escala nacional, ha ido modificando profundamente la fisonomía de las ciudades, a un grado tal que involucra una grave responsabilidad hacia el futuro de estas comunidades y cuyas consecuencias —en términos de deterioro de la vida urbana— resultan difíciles de prever.

La urgente necesidad de soluciones masivas —por la presión social— y la sustitución de los valores cualitativos por los cuantitativos en la política de acción y en el diseño mismo de estas soluciones, ha ido reduciendo al ser humano a un ámbito de vida cada vez más estrecho y elemental, dentro del marco de su vivienda definitiva. Especialmente los esfuerzos por transformar el caos en orden y mejorar el submundo de las comunidades marginales espontáneas, en gran medida han terminado por estratificarlo con el respaldo oficial.

EL DISEÑO URBANO ACTUAL

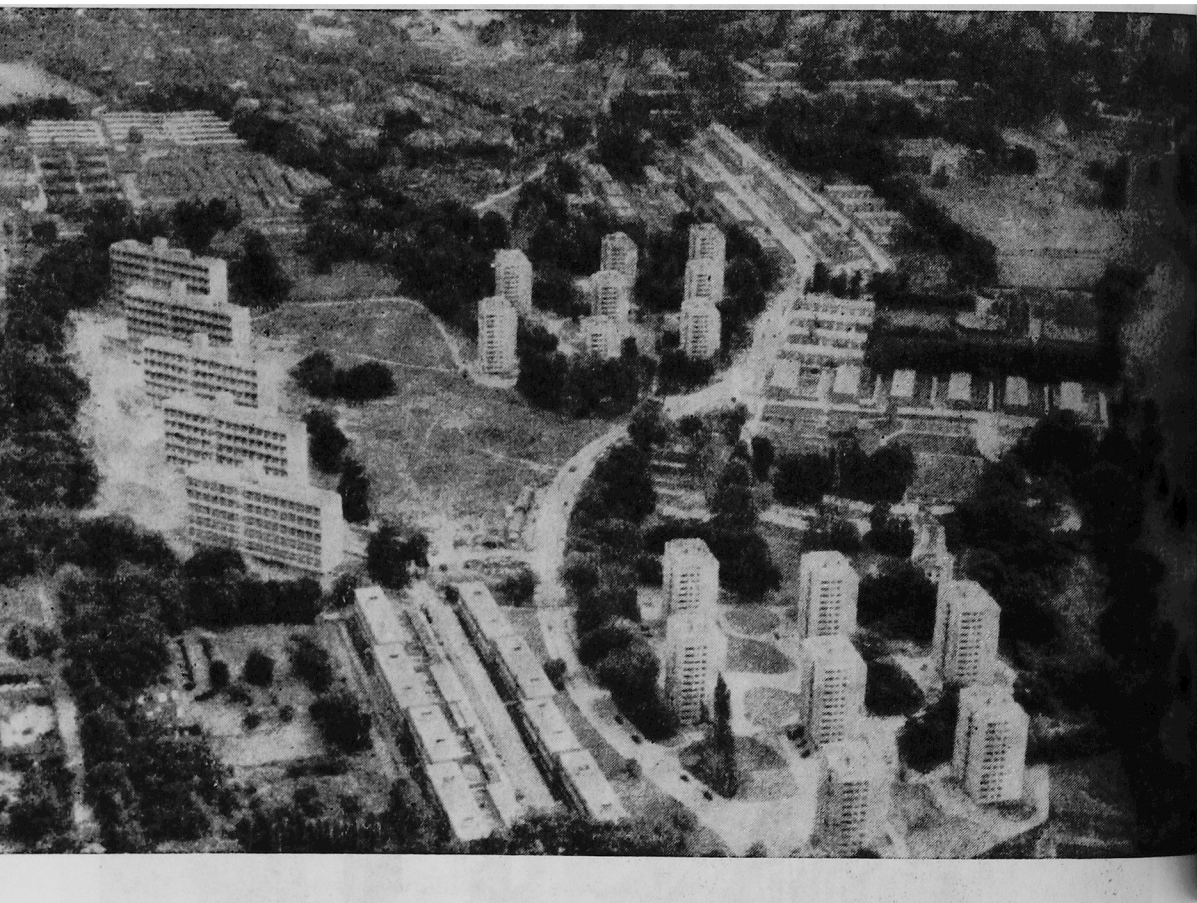
Es cierto que las primeras concepciones europeas de la ciudad ideal adolecían aún de un cierto mecanicismo, producto de la misma cultura en la cual surgieron. Los ideales de la civilización industrial influyeron fuertemente en estos diseños: La idea de la producción en serie, la normalización tomada de la industria, las posibilidades de la prefabricación y estandarización fueron conceptos que al traspasarse al trazado urbanístico, transformaron estas estructuras en algo semejante a “una máquina para vivir”. El hombre no fue consi-



COMIENZOS DE UNA NUEVA PLANIFICACION. (Vista de Santiago).

derado en toda su variedad humana, sino sólo en aquellos aspectos que tenía de común con los demás hombres. Fue una abstracción, un módulo ideal repetido, un mecanismo que tenía necesidades, pero no aspiraciones. Los Tres Establecimientos Humanos de Le Corbusier y las necesidades básicas de Habitación, Esparcimiento, Trabajo y Circulación, establecidas en la Carta de Atenas, consideraban sólo las necesidades mecánicas del ser humano.

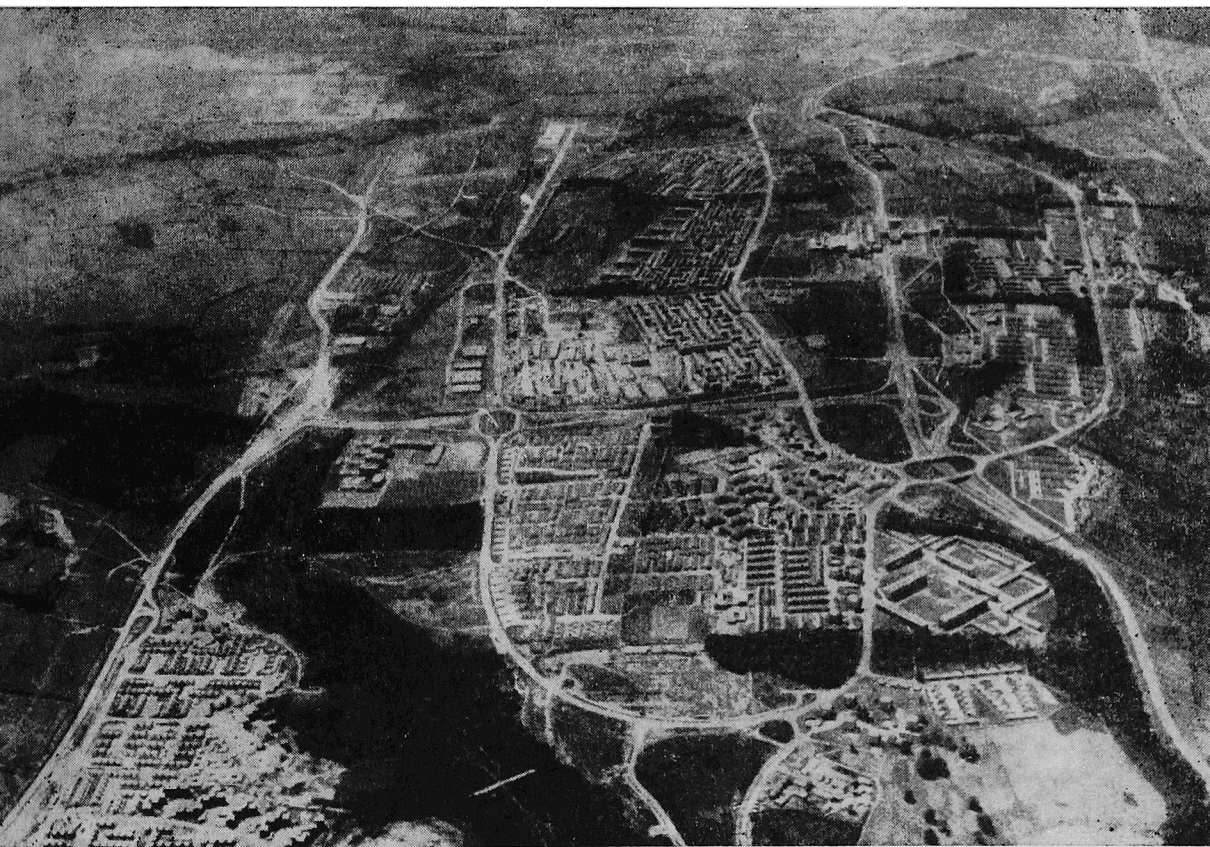
Y los primeros ensayos de núcleos urbanos, realizados antes de la última postguerra, adolecen de esta visión parcial del hombre en comunidad. Este planteamiento ha sido superado hoy en día en los nuevos conceptos de diseños de agrupaciones comunitarias. Y existe consenso en cuanto a la necesidad de un nuevo orden urbanístico, a la luz de las experiencias pasadas.



AREAS RESIDENCIALES de una "ciudad satélite". (Rochampton Estates — London County Council — 1952-1955).

Tal vez el país que ha podido llevar a la práctica con mejores medios y en gran escala la planificación de nuevos núcleos urbanos, sea Inglaterra. El desarrollo del plan de Ciudades Satélites de Londres ha permitido obtener extraordinarias experiencias, desde el punto de vista de la adaptación y ajuste de la vida social en las nuevas comunidades. En este sentido, la ciudad jardín de Wellwyn, construida después de la primera guerra mundial, fue un excelente ejemplo de esos problemas. La falta de contacto social real y de una activa práctica comunitaria —por la extensión de los terrenos y el gran número de las viviendas individuales— fue una de las comprobaciones importantes que permitió superar los primeros esquemas.

Las nuevas tendencias, insinuadas en las últimas ciudades satélites: Cumbernauld y Hook; en la obra de los arquitectos franceses en la costa del Mediterráneo; en los nuevos núcleos de remodelación urbana en Amsterdam, París



VISTA AEREA DE CUMBERNAULD (Gran Bretaña). La ciudad prevista para una población de 70.000 habitantes.

y Estocolmo; y en el plan para Tokio de Kenzo Tange, tienden a dejar de lado las zonificaciones urbanísticas clásicas, buscando expresar una especie de “tejido urbano” que contenga en sí toda la variedad motivadora que requiere la vida humana en comunidad. El espacio público se ha convertido en un trazado continuo y fluido, estableciendo una especie de contrapunto con la volumetría vibrante de las viviendas. Y también se ha humanizado a la escala de lo individual, tendiendo a un nuevo sentido del diseño que haga justicia a todas las manifestaciones de la vida colectiva.

En todo caso, estos intentos evidencian una actitud nueva: la vuelta a la dignificación del ser humano individual dentro del marco de su vida comunitaria. Y un profundo respeto por el ámbito natural del hombre y la búsqueda de un lenguaje formal auténtico, en el cual se reconozca aquello que es más caro a su espíritu: la verdadera tradición que nace de su modo de vida y la de su comunidad.